

Cuadernos Hispanoamericanos

Publicado en el número 484
(Octubre 1990)

Otumba: un viaje al origen*

Sin duda ha sido la novela el género en que más veces se ha vertido la experiencia personal del autor para, objetivándola a través de personajes, lograr trascenderla universalizarla. Además, el efecto exorcizador que esta operación posee comporta logros pero también riesgos que la pericia y el tacto del narrador no siempre logran evitar. Estamos, sin embargo, en tiempos en que la mayoría de las novelas no se proponen más que una plasmación superficial y efectista de la realidad, cayen-

* *Rafael Flores: Otumba. Edit. Bitácora, Madrid, 1990.*

do muchas veces en un mero estilismo o una banalización de la experiencia.

No es este el caso de *Otumba*. Rafael Flores no se ha iniciado en el oficio de escritor con esta novela, pero sí le han servido estas páginas como un elemento de iniciación y exorcismo literario y personal. Ya desde sus anteriores obras, los relatos de *Conversaciones con el búho* y los poemas de *La caracola en el oído*, se venía perfilando y precisando el mundo que ha desembocado en *Otumba*. Estos atisbos no eran sólo temáticos, sino, y esto es fundamental, rítmicos y de tono, de «tratamiento», lo cual es lo que da solidez a la creación.

Otumba, pues, es una primera novela, pero no un primer acercamiento a un mundo, lo que se advierte en la solidez y el dominio de los elementos manejados en la obra. Por otra parte, más que una novela en el sentido tradicional, es el relato de un espacio, un retrato interior y exterior de un acontecimiento vital que, enmarcado en una situación política y social represiva, trasciende la anécdota para dar cuenta de un viaje interior hacia la aceptación de lo dado. Sin duda Rafael Flores aporta en este aspecto un paso adelante en el acercamiento del análisis de la represión política, ya que renuncia al documento, a la denuncia explícita, para dar salida al interior, a la raíz de lo que sucede de modo que cada uno dé sus respuestas. Este es sin duda uno de los mayores aciertos de la novela: evitar las explicitaciones en un tema por lo demás tan doloroso. Estamos lejos, pues, de todo aquel aluvión, comprensible por otra parte, que llegó de este tipo de novelas-denuncia. El tiempo ha servido para sedimentar y comprender mejor los sucesos; y junto con ello, aumenta la eficacia artística de la novela y también la eficacia en lo que pudiera haber de denuncia.

Tal vez uno de los factores que más ha ayudado a conseguir lo anteriormente señalado ha sido la justa y apretada construcción de los personajes principales. El autor ha sabido dotarlos de una entidad cada vez más densa según nos adentramos en el libro, mediante una técnica de datos y pinceladas progresivas, evitando la acumulación confusa y la falta de verosimilitud. Así, el contrapunto entre el protagonismo de Roberto y la «presencia-ausencia» de Alfredo Beltrán es todo un acierto; aumenta los puntos de vista, relativiza lo sucedido y da una dimensión poética que dota de significación a la peripecia. En cuanto al personaje femenino, la presencia de Juana es una presencia real y mítica a la vez, su femineidad es sexual pero también iniciática, y es con ella y al lado de ella el espacio en el que el libro adquiere una «fatalidad» y una belleza más conmovedoras. La «voz» de Beltrán se instala en las vidas de Juana y Roberto potenciando su realidad, dando al lector el «otro lado» de lo sucedido, el más allá de lo que aparentemente se lee. Este perspectivismo configura en la novela un relieve y una hondura que no se habrían logrado a partir de la narración de lo meramente anecdótico.

Otro factor estructural sobre el que gira el libro es el espacio. *Otumba* es «el espacio», pero al mismo tiempo puede ser muchos espacios; es un lugar mítico, mágico, pero también es siniestro y triste. La multiplicidad de sus atributos le da un carácter poliédrico que también abre nuevas perspectivas en la novela. La tradición de lugares míticos donde se desarrollan muchos libros de autores latinoamericanos sólo sería un superficial antecedente de *Otumba*. Rafael Flores ha sabido dotar este espacio de entidad propia sin necesidad de construirlo a partir de elementos puramente literarios. Tal vez hubiese sido deseable una mejor integración de los elementos y las frases mítico-mágicas. En ocasiones no cuadran perfectamente sobre lo que se está narrando o sucediendo. Sin embargo no es de una incoherencia manifiesta, ya que *Otumba* es, de alguna manera, el lugar de todas las posibilidades.

La estructura general de la novela combina lo meramente descriptivo y narrativo con lo poético, el monólogo indirecto y la «voz» de Alfredo Beltrán; el resultado es, como ya se apuntó, una pluralidad de tonos y significados que la enriquecen sobremedida. Tal vez Alfredo Beltrán, en su ausencia, sea uno de los personajes más hondos e inquietantes que nos ha sido dado leer en la novelística en castellano de los últimos tiempos. En este sentido, quizá se hubiesen tenido que potenciar más las posibilidades que ofrecía Juana, aunque en su sobria presencia ocupa un lugar destacado en la memoria del lector.

Estamos pues ante una novela que combina compromiso con eficacia literaria, que penetra en la realidad y nos ofrece una imagen desolada, alegre, cotidiana de ella. Este, en tiempos de banalidad literaria y de falta de compromiso serio con las posibilidades de la realidad, constituye un acto de valor y de altura literaria.

Esperamos las siguientes palabras de Rafael Flores, su respiración, sus personajes, y que no reniegue de esta elección, con la dureza y la soledad que ello comporta.

Narciso Gallego